

Oí el canto de un pájaro al tiempo que descubría al hombre que me observaba desde el otro lado del arroyo. Ocultaba las piernas entre la maleza. Tal vez por culpa de ese canto siempre me figuré que su anatomía era algo así como un silbido sólido. Él había volcado un poco la cabeza para compensar su cuerpo ladeado. Ocultaba las piernas entre la maleza. Se aproximaba a los demás con la cabeza recostada sobre el hombro derecho, moviéndose como si respetara la música de un himno monótono y litúrgico. Cuando le vi avanzar hacia mí por primera vez, no pude evitar que a mi juicio acudiera la imagen de un herido que desciende hacia su granja después de haber perdido una guerra.

Arrancó a caminar nada más percatarse de que yo le había visto, y que a la fuerza yo habría sospechado que él llevaba un buen rato contemplándome y me estaría preguntando qué pretendía ese tipo. Echó un pie hacia adelante, apartando con suavidad las espadañas de la orilla del arroyo y metiendo el pie descalzo en el agua, sin preocuparse de mirar hacia abajo para cerciorarse de que lo apoyaba bien entre los cantos pulidos, ni de alzar los bajos de unos pantalones que enseguida se empaparon de esa agua en la que se reflejaba el sol millones de veces, la misma agua sobre la que el sol bailaba aquí y allá y aquí y allá junto a ráfagas de espuma fresca. Cruzó el arroyo sin bajar la vista ni cambiar la expresión horizontal de su boca. Pareció detenerse un segundo junto a las ruinas del molino, y luego avanzó y se paró cerca del sauce en el que yo había apoyado mi espalda y entonces sí, entonces tiró de la tela de sus pantalones hacia arriba, para que se escurrieran fuera del agua, pero dejó los

---

pies dentro del arroyo de modo que la superficie veloz y ondulada del agua le sobara los empeines.

—Hola —dijo—. ¿Tienes problemas? —y apuntó con la quilla de su cabeza hacia mis rodillas. Un coche roncó a lo lejos, sobre la cinta del camino tallado en la ladera de una colina. Vi agitarse algunas cañas y arbustos entre las que debían correr lagartijas y oí el chapoteo de una rana que cae al agua. El pájaro furtivo volvió a cantar media docena de notas y se calló. Supuse que se escondía entre los tallos de una jara muy próxima, a unos diez metros de donde yo estaba sentado con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol, con los pantalones remangados por encima de las rodillas y con un trapo en la mano, el mismo trapo con que había ido recogiendo agua para luego colocarlo sobre mis rodillas, confiando en que la temperatura del agua bastara para rebajar la inflamación. Me había detenido allí, cuando ya no podía soportar seguir caminando tres metros más con las rodillas convertidas en grandes bolsas de plomo líquido y con un tornillo hiriéndome la rótula—. ¿Problemas? —repitió él. Su voz se parecía a la necesidad animal de seguir respirando.

Antes de responder miré en la dirección opuesta a donde él se encontraba, y extendí la mano libre tratando de tocar mi mochila, tirada en la hierba, al otro lado del sauce.

—No —dije—. Estoy bien.

Hizo unos gestos extraños, como si sintiera que su cabeza se encontraba incómoda sobre su propio cuello, enderezando la nuca y tirando de la coronilla hacia lo alto. Soltó la tela del pantalón y los bajos cayeron de nuevo dentro del agua, y metió las manos en los bolsillos y se puso a menear los dedos encerrados.

—Claro, claro —dijo.

Miró hacia un lado y después hacia el otro. Y luego fijó la mirada en sus pies y durante unos segundos jugó con las ondas de agua que se colaban entre los dedos de

---

sus pies. Después estiró la espalda rotando los hombros y entonces calculé que mediría cerca del metro noventa. Daba la impresión de que el aire que consumía a través de su nariz ejecutaba un viaje sin obstáculos y vertical, de ida y vuelta, por el interior de su cuerpo, tras superar la curva del gáznate.

Yo no alcanzaba a imaginarme qué pretendía ese tipo ahí plantado, en mitad del arroyo y de ninguna parte, y qué podrían importarle mis rodillas o nada de lo que yo tuviera o pudiera hacer. La verdad es que yo no sabía muy bien qué podía importarle yo a nadie, dado que a lo largo de los últimos tiempos me había esforzado por no existir demasiado.

Volvió a fijarse en mis rodillas y a señalarlas con el vértice de su nariz, y tras hacer un gesto con la boca, como si masticara saliva, dijo:

—Si quieres te acerco.

—¿A dónde? —dije porque, la verdad, no se me ocurrió otra respuesta.

—A Suburbia —contestó. Y después cogió aire fuertemente por la nariz y clavó el centro de los ojos en el interior de sus párpados, en el gesto que practican los más comunes de los mortales a la hora de resignarse ante un interlocutor que todavía no se ha enterado de lo evidente—. ¿O es que no vas en esa dirección?

Yo necesitaba inventar una respuesta rápida y eficaz que lo apartara de mi camino, o de lo contrario él repetiría ese gesto de resignación bondadoso. Al intentar acelerar el pensamiento las ideas huyeron de mi inteligencia. Al final fue él quien continuó hablando:

—También puedo dejarte en cualquier pueblo o gasolinera donde te pueda recoger un autobús, aunque mucho me temo que el próximo autobús no pasará hasta mañana temprano. Ese es uno de los inconvenientes de vivir en las montañas.

—Puedo ir andando —dije.

Él alzó las cejas y abrió mucho los ojos. Otro gesto común.

---

—Ah, ¿sí? —dijo—. ¿Con las rodillas en ese estado? El próximo pueblo queda a unos doce kilómetros. Tardarías tres días en llegar allí andando.

—No pasa nada. No tengo prisa.

Resopló por la nariz. Es posible que estuviera meditando si era el momento oportuno de hacer un chiste del estilo de “irías más rápido haciendo el pino”, o “acabarás reptando por culpa de ese orgullo inútil”. Me pareció increíble que yo nunca hubiera encontrado motivos para expresarme así, bufando de resignación mientras se me ocurren disparates, o mostrando las palmas de las manos para acentuar el hecho de que siento intriga, o arqueando las cejas por culpa de la sorpresa o apretando con furor las mandíbulas cuando me enfado.

—En el pueblo hay un bar —dijo, mostrándose indulgente—, allí seguro que podemos conseguir hielo para tus rodillas. Con el agua no vas a lograr nada. Mira mis pies, llevan unos cuantos minutos sumergidos en el arroyo y no se están poniendo azules ni nada parecido. El agua no está lo bastante fría.

Tenía razón. Toda la razón.

—¿Eres médico? —pregunté.

—No —contestó—. Entomólogo: soy entomólogo.

Entomólogo y buen samaritano. Ignoro si eso es síntoma de algo, pero apuesto los trozos de menisco que aún conservo a que existen miles de cosas peores.

—Está bien —acepté—. Puedes acercarme hasta el pueblo o hasta la próxima gasolinera.

Esta vez frunció el ceño y su piel, cuarteada como la de un caimán decrepito, se saturó de arrugas. Se disponía a gruñir.

—Déjate en paz de hostias —dijo, sin embargo, en un tono suave—. Si vas a Suburbia te llevo hasta allí.

Aquello no estuvo mal del todo. Al menos en esta ocasión se produjo un matizado contraste entre la textura de su voz y lo irrefutable de la interjección.

---

Aparté el trapo húmedo de mi rodilla derecha y acaricié con las yemas de los dedos índice y pulgar las cicatrices que me dejó la operación de menisco. Por el contrario, la piel de la otra rodilla se regeneró perfectamente, y ahora soy incapaz de distinguir dónde estuvo el hueco por el que los cirujanos entraron a las cuevas de mi articulación.

Tras meditarlo unos segundos, los suficientes como para incorporarme mientras tanto, aferrado con los dedos a la corteza del sauce para canalizar el dolor que estaba sintiendo en las rodillas hacia el esfuerzo que hacía con los brazos para que sostuvieran parte del peso de mi cuerpo, resolví que merecía la pena arriesgarse a subir al coche de un desconocido, a pesar de que corren muy malos tiempos para los autostopistas.

Una parte de mí sí quería llegar a un destino en el menor tiempo posible. Consideré que ya bastaba de engañarse a uno mismo, que eso de bajar a pie y por caminos, saltando muros si fuera preciso, era de un romanticismo barato, más aún teniendo en cuenta que ya era imposible comparecer a tiempo en el entierro de mi madre, y que en las tres o cuatro noches en que me demoraría durmiendo al raso los conocidos que se hubieran acercado a la tumba de mi madre habrían tenido tiempo de disolverse, de dispersarse retornando a sus hábitos. Así pues, me dije que por qué no, que este tipo no debía de tener malas intenciones, que nadie que pretenda sajarle la garganta con un cuchillo o hundirte el cráneo atizándote con una llave inglesa de seis kilos se aleja cientos de metros de la carretera para sumergir los pies en un arroyo, previendo que la única compañía que le iba a deleitar fuera la de las ranas de San Antón o la de un mirlo en celo escondido entre las hojas de un endrino. A fin de cuentas, si yo estaba tan decidido a cambiar otra vez de vida como para emprender el regreso a la ciudad en una especie de peregrinación añeja, pateando cien kilómetros y alimentándome de latas de atún y de

---

las uvas que pudiera robar, bien podía adaptarme a las cosas que surgieran minuto a minuto, sobre todo si uno repara en que nada le asegura que un rato más tarde va a seguir vivo. Este último pensamiento brotó sin intervención de mi voluntad, a modo de quiste que surge en el lóbulo lateral izquierdo de mi cabeza, y fue sin duda consecuencia del recuerdo del segundo en que topé con la esquila de mi madre; alguien se había molestado en pagar una inserción de media página entre las noticias de sociedad de un periódico local. Margarita tal y tal, falleció en tal y tal a los tantos años de edad; capilla ardiente en no sé dónde; funeral en la parroquia tal a las equis horas del día tal y tal, a continuación conducción del cadáver al cementerio no sé cuántos; sus hermanos A, B y C, hermanas políticas no sé quiénes, su hijo Marcos (me resultaba increíble que alguien se hubiera atribuido el derecho a usar mi nombre, cuando dudo que esa persona supiera que yo seguía vivo, aunque por otra parte creo que debería sentirme orgulloso de ese conocido, de ese burócrata perfecto que no falta en ningún colectivo humano), sobrinos, primos y demás familia ruegan una oración por su bla bla bla.

Con la piel de los dedos sucia a causa de la presión que hice sobre la corteza del sauce para incorporarme, di dos pasos cortos para rodear el árbol, me hice con mi mochila simulando violencia, para que la destrucción de mi anatomía a la altura de las rodillas no causara la impresión de que cualquier movimiento de mi cuerpo se traducía en un meneo grotesco. Antes de que yo pudiera hacer nada, el tipo se había pegado a mi espalda para sujetar mi mochila. Se excusó diciendo que el coche quedaba un poco lejos y que era mejor que cargara él con la mochila, que buena gana de que yo martirizara más mis rodillas, y me preguntó si ése era todo mi equipaje, una mochila de setenta litros medio llena con un saco de dormir y un puñado de latas de bonito en aceite vegetal.

---

—Eso parece —contesté. Y le permití cargar con la mochila porque otra vez tenía razón. Mis rodillas se comportaban con la flexibilidad de un martillo. La simple maniobra de incorporarme había anestesiado mis piernas por entero, transformando las articulaciones de las rodillas en unas bolas de caucho rígido. Para cerciorarme de que yo iba avanzando, de que mis piernas se habían activado, presté atención a la única zona que parecía conservar cierta sensibilidad por debajo de mis caderas, que era la planta de los pies. Alguno de los cientos de nervios que se trenzan ahí abajo no parecían haberse afectado por las dificultades con que la sangre bajaba tras cruzar la tormenta de mis rodillas. Sabía, porque me había ocurrido en ocasiones anteriores, que esa impresión semejante a que se coagulara como morcilla toda la sangre contenida en las piernas, se iría diluyendo poco a poco durante la siguiente media hora.

Volvió a silbar el mirlo, ahora más lejos, y ya se iba perdiendo en la distancia la música líquida y regular del arroyo, cuando el tipo se presentó, dijo que se llamaba Jorge y preguntó qué me sucedía en las rodillas.

—Me tuvieron que operar de los dos meniscos a un tiempo —dije—. Se habían partido por la mitad.

Ladeó su cabeza, tirando de su oreja hacia el cielo.

—¿Y tan mal te dejaron? —preguntó.

—Eso parece —dije.

Esperé durante unos segundos a que escupiera la pregunta que correspondía a la continuación del interrogatorio, algo del estilo de “¿y cómo fue que te partiste los dos meniscos a la vez?”, pero Jorge guardó silencio y mantuvo la cabeza ladeada, la oreja en alto como si pretendiera afilar el oído para escuchar mejor el rumor de fondo del arroyo, que íbamos dejando atrás, desgranándose entre las piedras.

Para ser sincero, lo peor de mi operación de los dos meniscos fue que de nuevo tuve que aprender a caminar. Ese balanceo suave de las piernas que tan útil y có-

---

modo me había resultado a lo largo de veintitantos años sólo servía, después de la operación, para condenarme a una tortura abrasiva que me fatigaba los músculos desde el tobillo al cuello. En ocasiones unos pinzamientos enganchaban uno de esos nervios que recorren en vertical la espalda, produciéndome lumbalgias que me obligaban a acostarme con un paño caliente atado a los riñones; también padecía dolores en la mandíbula y golpes como pedradas en las sienes, al compás de los latidos del corazón, y con frecuencia el martirio aceleraba el ritmo cardíaco. Desconozco si existe alguna relación entre el sufrimiento y la necesidad de oxigenación de las células, pero el caso es que así sucedían las cosas dentro de mi organismo. Sabía que de conseguir relajarme, rebajando la frecuencia de mis inhalaciones, por ejemplo, y ampliando la bocanada de aire, se mitigaría el dolor, pero me sentía incapaz de pensar en relajarme en tanto que el daño en las rodillas me obligara a mantener tensos hasta los músculos del pecho. Tuve que acostumbrarme a convivir con unos bolsillos repletos de aspirinas, pues el gesto más absurdo, como girar sobre mis talones, podía despertar al demonio que torturaba los ligamentos de mis rodillas atravesándolos con un sacacorchos impregnado en azufre.

Por suerte, a pesar de una insensibilidad que transformaba los músculos de mis piernas en materia ajena, no perdía del todo la mecánica de los movimientos y ejecutaba con solvencia las acciones que requieren menos esfuerzo. Como, por ejemplo, caminar a ritmo de letanía los cuatrocientos metros que nos separaban de un Seat Córdoba color crema aparcado a la sombra de un pino carrasco. Una de las esquinas del parabrisas se adornaba con colores de verbena a causa de la acumulación de pegatinas que contenían información que se supone útil: el teléfono 902 del seguro; el teléfono de un servicio de asistencia en carretera, anunciado con el dibujo de un gancho; el aviso de que la próxima revisión



---

técnica oficial debería llevarse a cabo en mayo del año siguiente; un recuerdo dejado por un concesionario, quizás el mismo en el que la agencia compró el coche; una pegatina de publicidad turística de la España Verde; y una última, ovalada y de fondo amarillo, con una cenefa negra de dos líneas, en la que figura la marca comercial de la empresa donde se alquiló el coche al que Jorge se había olvidado de echar la llave, candando el seguro de las puertas, y había dejado con una ventanilla bajada.

—¡Vaya hombre! —exclamó—. Menos mal que por aquí no pasa nadie —y después de abrir la puerta del maletero me pidió que le ayudara un momento apartando una bolsa de viaje para hacerle un hueco a mi mochila. En ese instante lamenté saber que iba a perderla de vista el tiempo que durara el viaje, y es al no poder tocarla cuando empiezo a pensar en mi mochila como si fuera mi cobijo, mi casa, mi mundo.

Dentro del maletero, junto a una bolsa de viaje con las costuras deshilachadas y que hace mucho tiempo dejó de ser marrón, descansa una caja del tamaño de una nevera portátil forrada de hule negro. Mi primer impulso fue agarrar la caja, que ocupaba el centro del espacio, y volcarla a una posición vertical, apartándola a un lado.

En cuanto comprobó que yo alargaba el brazo en dirección a la caja, Jorge estuvo a punto de perder la cordura:

—¡Ni se te ocurra tocar eso! —gritó, asustado y dejando caer mi mochila al suelo. Varios saltamontes se desvelaron y brincaron entre la hierba seca alejándose de nosotros en uno, dos, tres botes—. No toques eso —ordenó.

Unos torbellinos eléctricos volaron por mi materia gris, acumulándose, seleccionando y juntando ideas hasta convencerme de que me había metido donde no me llaman, que ese tipo de cabeza ladeada resultaría

---

ser un narcotraficante al que yo había estado a punto de identificar, o que era un asesino que escondía entre hielos la cabeza de su mujer, y que lo que iba a venir a continuación sería lo último que yo iba a ver en mi vida, algo así como la circunferencia perfecta del cañón de una pistola apuntándome a la cruz de las cejas desde una distancia de diez centímetros. Aunque también pensé que quizás lo que allí guardara fuera un material muy delicado, de alta precisión, o copas de cristal de Murano o frascos con tóxicos. En cualquier caso no me atreví a girar la cabeza para mirar a Jorge hasta que le escuché hablando con el tono de un hombre que reclama agua para mantenerse respirando un día más:

—Es mi colección de hormigas —dijo. Y luego aclaró—. Si pones la caja en vertical alguno de los alfileres puede desprenderse. Es algo muy delicado. Cualquier zarandeo puede destruir parte de la colección —me quedo tieso, sin atreverme a pestañear, y el viento azul acaricia la humedad de mis ojos. Después Jorge sigue hablando:—. ¿Quieres verla? Tengo algunos ejemplares curiosos.

Varios pájaros comenzaron a trinar a un tiempo. Entre la algarabía de agudos pude distinguir el canto de una abubilla: pu—pu, pu—pu. Una lagartija huyó entre la maleza dejando como rastro un zig—zag de hojas agitadas que vibraban entre un mar vegetal tenso, requemado y pardo.

—En realidad —acabé por decir—, yo no entiendo mucho de eso —algún resorte destapó un tanto el pozo de rencor de mi inconsciente de manera que sin proponérmelo había pronunciado *eso* imitando su matiz de amenaza.

Jorge pareció no darse cuenta, no prestó atención a mis palabras o me perdonó, sin más, la impertinencia, y agarró la caja con ambas manos, se sentó junto al coche, depositó la caja, con ternura, sobre las malas hierbas acomodándola para que quedara perfectamente

---

horizontal, la abrió con el rigor metódico con que un neurocirujano separa los labios de la piel antes de operar en la médula y me dijo “mira”. Me agaché junto a él de una manera que no podía evitar sentirme ridículo, manipulando mi anatomía de forma un tanto extravagante, sin encoger las piernas para esquivar los dientes de una sierra oxidada trabajándome las rodillas.

El interior de la caja estaba organizado en pisos muy estrechos, y cada piso era una plancha delgada con el fondo blanco satinado y protegida por una película de un material transparente. Un delicado sistema de rieles permitía que cada plancha se extrajera deslizándose con la suavidad de una canica rodando sobre aceite. Entre el fondo blanco y el celofán están sujetas las hormigas por unos alfileres tan ligeros que se diría invisibles. Jorge fue mostrándome uno a uno los treinta pisos de hormigas, deteniéndose aquí y allá en los ejemplares de los que se sentía más orgulloso. Mientras él hablaba con una intensidad que se me antojó pueril, yo caí en la cuenta de que si hubiera tenido que elegir un animal que simbolizara la eternidad, posiblemente me hubiera decantado por las hormigas. Al fin y al cabo han debido de existir desde que el tiempo y la vida abandonaron el interior del océano, y sobrevivirán a una catástrofe nuclear. A mi juicio la inmortalidad es el principal rasgo de las hormigas y no la laboriosidad afanosa, pero fútil, esa consideración de gran trabajadora que se les atribuye por el modo nervioso y apresurado con que se mueven a pesar de lo poco que les rinde tanto derroche de energía. Y como muestra de su capacidad de adaptación ahí tenía, delante de mis ojos, cientos de variedades de hormigas procedentes de infinitos sótanos del planeta. Alguna se caracterizaba por una cabeza descomunal, lo bastante grande como para poder albergar unas mandíbulas capaces de excavar la tierra compacta de la sabana de África. Otras eran minúsculas y traslúcidas porque la

---

luz del sol no aterriza en el fondo de la selva, no supera los demasiados filtros de hojas que interrumpen su ruta hacia la tierra, para alcanzar las raíces al aire de unos árboles entre los que viven los animalitos. Otra destacaba por la longitud de las antenas y otras porque las patas traseras eran muy fuertes, casi como las de un grillo. Junto a un montón de ellas, que yo juraría que eran todas iguales, llamaba la atención alguna de origen tropical que debía medir cerca de seis centímetros, alguna reina con el abdomen voluminoso como el antebrazo de un niño y otras que, al parecer y según me comentó Jorge, manejaban un lenguaje de veinte conceptos (veinte se me antojó un número muy generoso; supuse que exageraba) que comunicaban a sus congéneres a través de las antenas o destilando feromonas.

Mientras observaba los bichos y trataba de montar en imágenes la película de sus actividades naturalistas, que Jorge me iba dictando de manera ensayada (seguro que había hecho lo mismo cientos de veces, y alguna de ellas para que una chica crea que se halla frente al héroe de una epopeya moderna), del flanco izquierdo de mi estómago surgió un temor cómico a moverme. Cualquier gesto que hiciera podría significar la muerte por aplastamiento de una hormiga que pasara junto a mi cuerpo. Me pregunté qué haría yo en ese momento si descubría a una hormiga trepando hacia mi ingle por la pernera del pantalón. Podría cazarla y entregársela a Jorge, o asustarme y zarandear la pierna como si estuviera envuelta en llamas, despertando al demonio del sacacorchos, o quedarme paralizado, o aplastarla y sacrificarla en las mandíbulas de una araña o, lo que era más probable, quedarme observándola con cierto fervor, como si ella fuera la reencarnación de todas las hormigas que debieron morir aplastadas bajo las botas de Jorge para que él pudiera capturar los ejemplares más elegantes de su surtido de animales.

---

Aunque lo que de verdad me resultó sugestivo, y me resultaría todavía más interesante en alguno de los trances de los meses posteriores, a medida en que casi sin querer fui recabando datos de la vida de Jorge, fue la geografía que trazaban los viajes de los que él se aprovechó para recopilar hormigas. Jorge no había comprado ninguno de los insectos, ni los había cambiado o conseguido a través de otros entomólogos. Él había recogido cada uno de los bichos del suelo o de las ramas de los árboles donde vivían. Así pues, Jorge debía haber visitado lugares como las cuencas del Orinoco y del Amazonas, un puñado de islas de Indonesia y Filipinas, el sudeste asiático, los bosques de coníferas del Canadá y un largo etcétera de sitios de ese estilo, un buen puñado de lugares que cualquiera soñaría, al escuchar la enumeración, que deben ser tan bonitos y tranquilos que es imposible que allí uno no encuentre la paz espiritual, porque, de entrada, allí todo el mundo mira con paz hacia su interior gracias a un no sé qué dulce y puro que flota en el aire y transcurre en su vida tan inevitable como el peregrinaje de los segundos, algo indefinido que le ayuda a identificar su espíritu verdadero, que es un concepto que nadie sabe bien en qué consiste.

Para Jorge todo debió empezar cuando tenía ocho años y, coincidiendo con el mes en que los estudiantes de París arrancaban los adoquines de las calles convencidos de que acabarían encontrando la playa debajo, porque estaban pidiendo que se materializara delante de sus narices la realidad de lo inverosímil, es decir, de sus ilusiones, sus padres le llevaron a vivir a Salvarena, un pueblo abandonado diez años atrás, cuando el valle comenzó a inundarse con el agua que retenía una presa.

Salvarena poseía todo lo que podían desear los pioneros del grito “es inhumano resignarse a aceptar el mundo tal y como está, y pretendemos seguir siendo humanos” que hubo en España, los alentadores de un

---

motín que nunca llegó a prosperar. Supongo que si este alzamiento contra eso que se llama la realidad hubiera consumado un éxito integral, el mundo no sería lo que es, pero padecería igualmente la enfermedad de seguir siendo. El caso es que en aquellos años de finales de los sesenta, sitios como Salvarena se erigieron en la Ítaca de los que no se conformaban con el mundo que se registra a través de los cinco sentidos. Eran lugares aislados y preñados de simbolismo porque el causante de su estado fantasmal había sido un engendro de la industrialización. Como el sol regalaba muchos mediodías de almíbar caliente, se podía pasear medio desnudo por las calles. Nadie se había molestado en desmontar el horno de la vieja panadería. Las tuberías y los desagües no habían tenido tiempo de picarse. Era fácil limpiar el depósito de agua consistente en una alberca cavada en un altozano, incluso bastaba con dar aviso a la compañía para que volviera a funcionar la centralita de teléfonos que quedaba, tabique con tabique, junto al salón del bar. Los niños podían correr sin el peligro de ser atropellados, y eso significaba tanto como sentenciar que así eran libres, y que las heridas de la libertad eran las señales que les marcaban los brazos y las piernas, los arañazos que se habían hecho al recoger moras silvestres o meterse entre las zarzas para cazar un lagarto. Y mientras los críos jugaban y reían como si el verano se prolongara siempre, los adultos de la colonia se dedicaban a restaurar algunas de las casas, a cocer pan, a plantar tomates, a decorar sus peinados con flores y semillas y, a partir de septiembre, a transportar a los niños en la furgoneta común hasta la escuela más próxima. Cuando los muchachos regresaban al pueblo los viernes, hacían repicar las campanas que machacaban la tarde con un golpe corto y de un eco oxidado, y luego otro golpe corto, con su eco oxidado, anunciaba el inicio del fin de semana. Y los domingos las campanas repicaban de nuevo para convocar a la comunidad a una representación de marionetas. Las marionetas con que

---

se actuaba cada domingo eran siempre nuevas, pues dos o tres adultos se dedicaban a manufacturarlas durante la semana y, tras estrenarlas en la función dominical, las transportaban a la ciudad donde eran distribuidas en depósito por jugueterías y tiendas de regalos para obtener un dinero con el que comprar semillas de tomate, codos de tubería, metros de cable, telas y tornillos. Y también gallinas y unas ocas que servirían para cualquier cosa excepto para cocinar paté, y una vaca embarazada, a la que se bautizó como Penélope, a la que pronto se añadiría una ternera a la que casi con toda seguridad ordeñaba la hermana de Jorge, una muchacha de quince años a la que sus padres educaron en la idea de que la expresión más sana de la espontaneidad y la autoestima es caminar descalzo y con un casco de margaritas envolviéndote el pelo.

Una comunidad como la de Salvarena debió de venirse abajo, después de ocho o diez años bregando por sacar el pueblo adelante, el día en que su asamblea se quedó con el culo al aire en alguna negociación con las administraciones, o cuando una conspiración de antiguos propietarios, intendentes públicos y promotores inmobiliarios y turísticos se presentó con una orden de desalojo. O puede que un día se presentara una pareja de guardias civiles encargados de transmitir la orden de un juez que dictaba que sus actividades estaban prohibidas por un artículo de ley con doce cifras separadas por un punto y una barra. O, lo que resultaría inevitable con el paso de los años, puede que fuera la vejez la causa de la capitulación, si es que alguien puede considerarse vencido cuando al revisar su vida en el lecho de muerte su memoria le devuelve diez, cinco o dos años saboreando el colmo de la euforia. Me figuro que algo así debe ser muy diferente del sentimiento agridulce, del vacío definitivo y vertical abriéndose en el estómago, de quien finaliza su vida dándose cuenta de que se la había planteado muy a ras de suelo.